EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA SEMANAL DEL GLOBO Y DEL TIEMPO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes, 8 rs.—Tres id., 20.—Seis id., 36.—Un año, 70.—El número suelto, 5 reales.

N.º 22. TOMO I.—LUNES 14 DE JULIO DE 1845.
La redaccion está en la calle de Carretas, núm. 35, cuarto segundo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes, 10 rs.—Tres id., 28.—Seis id., 54.—Un año, 110.—Suscríbese en las librerías corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía; el cardenal Tavera, por D. José Amador de los Rios.—Recuerdos de Salamanca (poesía), por D. M. Roca de Togores.—El hermano de la mar, capítulo VII, por don Tomás Rodriguez Rubí.—Poesía lírica, por D. Gavino Tejado.—Sucesos contemporáneos.

EL CARDENAL TAVERA.

Cuando la nacion española recogiendo el fruto de los esfuerzos y de los sacrificios hechos en el trascurso de algunos siglos, logró aparecer á vista del mundo grande y temida, esclarecidos guerreros, hábiles jurisconsultos y delicados poetas florecieron para inmortalizar aquella era venturosa. Los trabajos de los reyes Católicos y del cardenal Cisneros habian producido todos los frutos debidos, y el reinado de Cárlos V se inauguraba con las mas brillantes esperanzas para la nueva monarquía. Pero estos trabajos hubieran sido estériles y las victorias del invicto César poco fecundas, á no haber aparecido en Castilla un hombre dotado de un talento privilegiado, que mientras los ejércitos españoles llevaban las águilas imperiales de uno á otro confin de Europa, tuviese á raya las pretensiones de unos, derramase sobre otros un bálsamo consolador, y prometiese á todos justicia y bienandanza. Este hombre, cuyos importantes servicios y cuyo saber profundo han sido olvidado por algunos historiadores; mas conocidos en nuestros dias como protector de las artes que como político, fué el cardenal don Juan Tavera, presidente por muchos años del consejo de Castilla, y gobernador del reino durante las ausencias del emperador Cárlos V.

Dispútanse Madrigal y Toro la honra de contarle entre sus hijos, cabiendo á la segunda ciudad la gloria de haberle visto nacer en el año de 1472, en que gobernaba la cristiandad Sixto IV, y era rey de Castilla don Enrique, llamado el Impotente. Murió su padre Ares Pardo, que era natural de Salamanca, cuando don Juan contaba aun muy pocos años, y su madre doña Guiomar Tavera le llevó consigo á Madrigal, en donde estudió gramática latina, enviándole despues á Salamanca á proseguir aprendiendo la retórica y la filosofía. Manifestóse en la universidad tan ágil y despierto el jóven Pardo, que atrajo sobre sí la atencion de los profesores, especialmente al asistir á la lectura del derecho canónico, y llegó muy en breve la fama de su aplicacion hasta su tio fray don Diego

Deza, obispo de Zamora. Quiso la buena suerte de entrambos que trasladado éste á la diócesis de Salamanca, pudiese reconocer por sí propio el talento de su sobrino, el cual se disponia por aquel tiempo á recibir el grado de bachiller en cánones, en cuyo acto mereció los elogios de los doctores y el aplauso de sus compañeros. Confirióle en prueba de su cariño una capellanía de su familia, y cuando ascendió á la iglesia de Palencia, aumentó sus rentas con un beneficio que gravitaba sobre varios pueblos, con lo cual pudo el *bachiller en decretos* continuar sus estudios, sin ser gravoso á su madre ni á su hermano mayor, como lo habia sido hasta entonces.

Contábase el año de 1494, y sabedores los reyes Católicos de las esperanzas que habia hecho concebir á todo el mundo el nuevo bachiller, le agraciaron con una plaza de racionero en la catedral de Zamora, si bien no tomó posesion de ella hasta el de 1499, en que pudo allanar completamente los obstáculos que se habian opuesto á que lo verificase. Prosiguió entretanto sus tareas académicas, tomando en 1504 el grado de licenciado, y mereciendo que el cláustro de la universidad salmantina le nombrase su rector, cargo que admitió gustoso y que desempeñó con general contento de estudiantes y catedráticos.—Mostróse muy celoso de las prerogativas y exenciones de unos y otros, y dió tales pruebas de rectitud é imparcialidad en cuantos asuntos se sometian á su deliberacion, que no pudo menos de atraer sobre sí las alabanzas de todos los hombres distinguidos de su época, llegando la fama de sus virtudes á la corte de Fernando V, que gobernaba los reinos de Leon y Castilla por muerte de su ilustre esposa.—Habíale alcanzado ya su tio don Diego Deza un canonicato en la catedral de Sevilla, á donde habia pasado de arzobispo, y nombrádole chantre de aquella iglesia metropolitana, cuando en 1506 le concedió el rey una plaza en la tabla del consejo supremo de la Inquisicion, deseando utilizar sus excelentes prendas. Obligóle, sin embargo, el arzobispo de Sevilla á ir á esta ciudad para encargarle el provisorato y la vicaría general de aquella vasta y rica diócesis, y en el año siguiente tomó posesion de semejante empleo; encaminándose todos sus cuidados á reformar las costumbres del clero, que con las revueltas de los tiempos estaban algun tanto estragadas.—Mucha reputacion adquirió en esta época el provisor-vicario, por la templanza y dignidad que manifestó en todos sus actos y por la severidad que desplegó contra los verdaderos delincuentes, que á pesar de sus amonestaciones continuaban escandalizando á sus feligreses con el ejemplo de su mala vida.—Permutó varios beneficios que disfrutaba con don Pedro de la Cueva, por el priorato de Aroche, dignidad de aquel arzo-

bispado, y se disponia á emprender nuevas mejoras, cuando su tio le envió á la córte con el objeto de tratar con el rey varios asuntos importantes. El rey Fernando, que poseia el don de conocer á los hombres y que tan buenos informes tenia del prior, quedó prendado de su talento y rectitud de doctrinas, y le encomendó una visita á la chancillería de Valladolid, autorizándole para hacer nuevas constituciones, las cuales se guardan como leyes del reino y fueron insertas en la nueva Recopilacion, habiendo sido publicadas en Medina del Campo en 1515.—Tan á gusto del rey desempeñó Tavera (que habia dejado ya de firmarse con el apellido de Pardo) la comision de visita, que en 1514 le presentó para el obispado de Ciudad-Rodrigo, de cuya iglesia tomó posesion en el mismo año, dedicándose, como lo habia hecho en Sevilla, á mejorar las costumbres de su clero, para que cumpliera con los santos deberes que tenia contraidos.

La muerte del rey católico, que dejó á Cisneros la regencia de Castilla, sorprendió al obispo de Ciudad-Rodrigo, ocupado en tan difíles y provechosas tareas. —El cardenal Cisneros, que habia tenido ya diversas ocasiones de conocer y apreciar el talento y las virtudes de Tavera, al empuñar las riendas del gobierno, prodigó á este las mas claras muestras de distincion, y le honró hasta el punto de consultarle en los mas árduos negocios del Estado.—Vino al poco tiempo el príncipe don Cárlos á España y pasó Cisneros de esta vida, llevando tras sí las bendiciones de los españoles. Tavera continuó entonces sus comenzados trabajos, obteniendo los mas satisfactorios resultados, y logrando purgar su mies de la cizaña que la corroia; pero los ministros flamencos que durante el tiempo de la regencia del cardenal Cisneros le habian conocido, no tardaron en llamarlo á la córte para enviarlo á la de Portugal con el objeto de concertar el matrimonio del rey don Cárlos con la infanta doña Isabel.—La eleccion de la Dieta alemana que elevaba al imperio al jóven soberano, fué causa de que este dejase el reino en poder de diferentes gobernadores, y la codicia de los extranjeros produjo la desastrosa guerra de las comunidades, derramando inútilmente sangre española. En 1522 fué llamado á ocupar la silla de san Pedro el cardenal Adriano de Utrech, que se hallaba á la sazon en Vitoria, y deseando llevar consigo á la capital del mundo cristiano al obispo de Ciudad-Rodrigo que permanecia aun en Lisboa, le mando venir de aquella córte, sin que lograse sus deseos, por negarse Tavera á salir de su patria.

Volvió tambien á ella el jóven emperador, ganada la batalla de Bicoca, saqueada Génova, fortificado Flandes, y hecha confederacion con el rey de Inglaterra, y para premiar los buenos servicios del antiguo prior, le nombró presidente de la chancillería de Valladolid, que habia reformado en vida del rey Fernando. La conducta observada por el obispo no pudo ser mas digna, confirmándole mas y mas en la estimacion de los hombres sensatos, y ganando enteramente el corazon del jóven monarca, cuya vista perspicaz descubrió en él muy luego su gran talento y señaladas virtudes. El obispado de Osma, á que sucedió el arzobispado de Santiago en 1524 y mas adelante la presidencia del Consejo Supremo de Castilla, fueron las pruebas que recibió Tavera de la estimacion del emperador de Alemania, que no esperaba en cambio menores servicios.—Quince años gobernó el arzobispo de Santiago y aquel respetable tribunal, y en este período dió las mayores pruebas de imparcialidad, tanto en la sustanciacion de los pleitos que llegaban á sus manos, como en la provision de los empleos. Solia decir respecto á este último punto que la dificultad de gobernar consistia sobre todo en saber buscar los hombres para los oficios y dignidades, y no las dignidades ni oficios para los hombres: y esta máxima, que bien merece ser acatada en todos tiempos, no pudo menos de serle de gran provecho, rodeándose muy en breve de todas las personas notables que contaba entonces Castilla.

Ocurrió entretanto la batalla de Pavía y vino prisionero á Madrid Francisco I, convocando el emperador córtes del reino en Toledo, á las cuales asistieron los embajadores franceses que tenian poderes para tratar de la libertad de su monarca, los ingleses, los venecianos y de otras repúblicas que estaban encargados en ajustar con el rey de España diferentes tratados. Honró Cárlos V con la presidencia de éstas córtes al arzobispo de Santiago, asi como en las de Valladolid que se celebraron despues, y portóse con tanta prudencia y sagacidad el presidente de Castilla, que redujo á su opinion á los que se oponian á la voluntad del rey, y allanó todas las dificultades que parecian suscitarse para la jura del príncipe don Felipe, cuyo solemne acto presidió con aplauso universal y beneplácito de los tres brazos de las córtes.

Obligado en 1529 el emperador á partir á Italia á donde le llamaban las guerras que sostenia con el rey de Francia, encomendó el gobierno de España á la emperatriz doña Isabel, rogando al arzobispo que no se apartase de su lado ni perdiese de vista los negocios públicos. Bien pronto la enfermedad que sufrió aquella ilustre reina echó sobre los hombros del presidente del Consejo toda la carga, y vióse obligado á entregarse de lleno á tan penosas tareas, recogiendo siempre las bendiciones del pueblo y mereciendo la aprobacion de todas las clases del Estado. Prueba de esto pueden ser las córtes de Segovia, celebradas durante la ausencia del soberano y presididas por su sabio ministro. Necesitaba el emperador de un nuevo subsidio para continuar las guerras y espuso el cardenal, que ya habia Tavera recibido el capelo en 1531, las razones que le asistian con tanta claridad y llaneza, que arrebatados de entusiasmo los procuradores quisieron darle mas de lo que habia pedido. Rehusólo sin embargo modestamente, dándoles las gracias en nombre del César, y cuando enterado éste de semejante ocurrencia, le preguntó las razones que habia tenido para obrar así, le respondió: «Si á la oveja que da lana y leche, se le quita la piel, nada le quedará que dar, ni servirá de provecho.» El emperador que comprendia todo el precio de estas sencillas palabras, echándole los brazos al cuello, le contestó: «Dios os guarde, padre, que tanto mi»rais por mi alma y por el bien de mis vasallos.»— Escena digna de los dos grandes personajes entre quienes pasaba y que revela la estimacion en que tuvo el primer soberano de la cristiandad al cardenal Tavera.—Consultaba con él desde Alemania todos los negocios graves de Estado, y demostraba siempre grande respeto á sus opiniones, como manifiestan las cartas que le dirigió, en una de las cuales contestando á las observaciones que el presidente le hacia sobre su venida á España, se espresaba de este modo: «Lo que decis en lo de Alemania, y de mi ida »breve á esos reinos, me parece muy bien y muy pru»dentemente dicho, y como de persona que tanto amor »me tiene.»

Restituyóse, pues, en 1533, desembarcando en Barcelona, á donde fueron á recibirle la emperatriz y el cardenal, volviéndose éste á Madrid á encargarse del gobierno y mereciendo en el siguiente año ser presentado para el arzobispado de Toledo, vacante por muerte de don Alonso de Fonseca.—Convocáronse casi al mismo tiempo las córtes de Madrid, famosas por las buenas leyes que en ellas se discutieron sobre el arreglo de los tribunales, y mas que todo por haberse mandado desde entonces que no pudieran juntarse *por via de casamiento dos mayorazgos de dos cuentos ó mas de renta al año*: presidiólas el arzobispo como lo habia hecho tantas veces, y despedidos los diputados, prelados y señores, se encaminó á su arzobispado, resuelto á retirarse de las cosas públicas del gobierno, para lo cual suplicó al emperador que le exonerase de la presidencia del consejo de Castilla. No vino en ello Cárlos V por verse obligado á dejar nuevamente los reinos de España, deseoso de castigar la soberbia de Barba-Roja, que traia inquieta á la cristiandad; y antes bien le encargó con mas instancia que se dignase de aconsejar y asistir á la emperatriz, á quien dejaba la gobernacion de España.

Mientras se disponia el César para la empresa de Tunez, que con tanta gloria llevó á cabo, celebró el cardenal en su diócesis un concilio sinodal, con el objeto de dar la última mano á la correccion y mejora de las costumbres eclesiásticas, asunto que como han visto ya nuestros lectores, habia llamado siempre su atencion. Propusiéronle algunas dignidades que derogase los sínodos y las leyes dadas por sus antecesores, só pretesto de que eran dañosas hasta cierto punto á los intereses del clero, y como le instasen para obtener su consentimiento, prorumpió: «Las leyes no han de ser como las vivoras, que se matan unas á otras.» Doctrina era esta que esplicaba perfectamente el sistema que habia observado el arzobispo durante su larga carrera, y que habia brillado sobre todo al asentarse en la silla de la presidencia del consejo y de las córtes castellanas. Añadió, sin embargo, ochenta y una constituciones á las ya existentes sobre disciplina eclesiástica, constituciones que fueron recibidas con mucho aplauso é imitadas en diferentes diócesis.

Las continuas guerras, que mal de su grado, se veia precisado á sostener el emperador en Italia, Africa y Alemania, habian agotado ya los últimos subsidios acordados en las Cortes, habiendo contraido ademas el rey de España no pocos empréstitos onerosos al Estado.—Vuelto á Castilla y deseando pedir un nuevo tributo que bastase á sacarlo de tamaños apuros, juntó don Cárlos los brazos militar y eclesiástico en Toledo el año de 1538. Presidió el Estamento de los prelados don Juan Tavera, y acordó aquel acudir al emperador con el arbitrio conocido con el nombre de *Sisa*, el cual era en su concepto bastante para reparar el exhausto erario. No pensó de la misma manera el Estamento de los grandes, y escusábase de dar su asentimiento con varios pretestos y formalidades, si bien siempre parecia inclinarse á negar lo que el monarca pretendia. Llegó á entenderlo éste, y urgiéndole en gran manera el que tomáran algun acuerdo, mandó al cardenal que se presentase en su nombre á la asamblea, para manifestarle que el *rey queria y deseaba la libertad de los hijos-dalgo del reino para en adelante*, imponiéndole al mismo tiempo la obligacion de resolver en el término de tres dias. Resolviéronse al cabo los grandes á enviar al rey una diputacion para rogarle que no *saliese del reino y moderase sus gastos*, y esta negativa tan imprevista como fuera de sazon para el monarca, no pudo menos de causarle grande enojo, replicando á los que fueron con el mensaje que no *queria consejos*, sino ayuda. Mandó en seguida al cardenal que disolviese las Córtes, quitando á los nobles la representacion en esta especie de asambleas nacionales, desde cuya época puede decirse que data su verdadera decadencia, no siendo ya posible guardar el equilibrio entre los demas elementos que entraban á componer el gobierno.

Acaeció en tanto la muerte de la emperatriz, cuyas grandes virtudes le habian conquistado el corazon de todos los españoles, y no se apartó el cardenal de su lecho durante el tiempo de la congojosa agonía de aquella gran princesa, prestándole todos los auxilios espirituales que estaban en su mano. Pidió despues permiso al emperador para conducir el cadáver á Granada, deseando acompañar hasta la tumba á quien tanto le habia honrado en vida; pero negóse don Cárlos á sus deseos contestándole que habia él menester de su amistad en tan duro trance.—Rogó al poco tiempo nuevamente al César que le eximiese de la presidencia del Consejo de Castilla, y aunque esta vez logró lo que deseaba con harta repugnancia de don Cárlos, no pudo librarse de admitir el nombramiento de inquisidor general, plaza que habia quedado vacante por muerte del arzobispo don Alonso Manrique. Al dejar don Juan Tavera la presidencia de aquel respetable tribunal, á cuya cabeza habia estado por el espacio de quince años, mandó el emperador que no se hiciera la alteracion mas leve en las disposiciones adoptadas por él, tanto en el órden interior del mismo, como en la manera de administrar justicia. Este hecho que prueba la importancia que daba don Cárlos á cuanto hacia relacion con el cardenal, basta para hacer su mas brillante apología.

Dedicóse, libre de los asuntos públicos, á visitar su diócesis y habia comenzado ya este trabajo verdaderamente patriarcal, cuando recibió una órden del rey, por la cual se le prevenia que se presentase inmediatamente en la córte.—La rebelion de la ciudad de Gante llamaba al emperador á los Paises-Bajos, y era preciso que don Juan Tavera volviese á empuñar las riendas del gobierno, mientras durase esta nueva ausencia. Partió don Cárlos, ordenando al arzobispo que se aposentase en su palacio para mas honrarle y encomendándole el cuidado del príncipe don Felipe. Dirigióse el emperador á sus Estados por Francia,

recibiendo los obsequios de su eterno antagonista y antiguo prisionero, el cual deseando obligarle, dió un sarao, en donde desplegó su corte todo el brillo y toda la magnificencia de que era capaz entonces. Advirtió don Cárlos entre la muchedumbre de los cortesanos que un cardenal hacia gala de ser mas desenvuelto de lo justo, y dirigiéndose al rey Francisco, le dijo: «Yo tengo en mis reinos un clérigo que no estaria así;» y volviéndose á la reina su hermana, doña Leonor, prosiguió: «Paréceme aquello á la honestidad de don Juan Tavera.»—No hemos querido omitir este hecho que tanto honra á nuestro cardenal, porque de él se desprenden la pureza de sus costumbres y su admirable templanza.—En los dos años que estuvo ausente el César, gobernó á España con tanta prudencia é imparcialidad, que no produjo una sola queja su administracion, si bien su natural firmeza de carácter hubo de lastimar algunos intereses, cimentados en antiguos abusos. Cuéntase, sin embargo, que llegó á oidos del rey el rumor de ciertas quejas nada justas, y que replicó á los que osaron injuriar el nombre de Tavera, estas palabras: «No me toqueis en el viejo que me ayuda estremadamente á gobernar bien.»

Sosegadas las revueltas de Flandes y puesto órden en las cosas de Alemania, volvió á la península el emperador en 1541, y despidióse el arzobispo de la córte para proseguir la visita comenzada dos años antes en su arzobispado. Abrigaba tiempo hacia el proyecto de levantar un hospital para los pobres en la ciudad de Toledo, y dedicóse en esta ocasion á dar cima á tan cristiano pensamiento, comenzando el célebre monumento titulado *San Juan de Afuera*, que admiran los viajeros al frente de la famosa puerta de Visagra. Pero no le dejaron tampoco libre los cuidados de la córte por esta vez: el casamiento del príncipe don Felipe, verificado en Salamanca, lo llevó allí para echar la bendicion á los desposados, pasando despues á Valladolid, donde fué recibido el príncipe con mucho regocijo, si bien estuvo á pique de trocarse en llanto tanta alegría, á no haber mediado la prudencia del arzobispo de Toledo. Llevaba éste á su lado el guion de su iglesia primada, como tenia de costumbre, en las ceremonias públicas, y notándolo el duque de Alva, se acercó al cardenal diciéndole que no le parecia bien que lo llevase.—Mediaron algunas contestaciones desagradables entre ambos hasta que al cabo le replicó el cardenal: «La cruz en todo caso ha de ir donde va, y creo que su alteza no será servido de otra cosa.» Comenzáronse á inquietar de una parte y otra algunos caballeros, llegando casi al punto de venir á las manos, advertido lo cual por el anciano arzobispo, se retiró con los suyos á su posada, evitando así el rompimiento.

Sintió el emperador que se hallaba en Alemania, gravemente esta ocurrencia, ordenando al príncipe que le honrase y acatase como á él mismo, y aunque Felipe no lo habia menester porque le respetaba como á padre, rogó al cardenal que depusiera su justo enojo, y cuando en 1545 estaba próxima al parto la princesa su esposa, le suplicó encarecidamente que pasára á Valladolid para bautizar al niño que naciera. Consintió el cardenal, llevado del amor que profesaba á Felipe en lo que pretendia, y partió para Valladolid, teniendo el sentimiento de que espirára casi en sus brazos la princesa que no pudo resistir los dolores del parto. Este acontecimiento fué para el arzobispo un golpe mortal que unido á su edad avanzada, no pudo menos de llevarlo al sepulcro. Murió, pues, en 1.° de agosto del año arriba citado, á los 73 de una laboriosa vida, en que no habia perdido una sola hora. Dejó por su universal heredero al hospital que habia fundado, y mandó que se repartieran doce mil ducados á los pobres, señalando siete mil para la redencion de cautivos de su diócesis, y regalando al emperador veinte y cuatro mil que le habia prestado en diferentes ocasiones.

Cuando supo D. Cárlos su muerte, que fué tambien muy sentida del príncipe, no pudo dejar de esclamar con las lágrimas en los ojos: «Se me ha muerto un viejecico que me tenia sosegados los reinos de España con su humilde báculo. Entre otras cosas que he debido á Dios, no ha sido la menor el haberme dado al cardenal, que me ayudaba á llevar el peso de la corona.»

Por la breve reseña que hemos hecho de los principales acontecimientos en que tuvo parte el cardenal, contribuyendo á ilustrar con su saber y sus virtudes una de las épocas mas brillantes de nuestra historia, habrán visto nuestros lectores si ha sido justo el silencio que han guardado algunos historiadores sobre el ilustre don Juan Tavera. En unos tiempos en que los estudios biográficos forman una parte integrante de la amena literatura, sensible era que no se hubiese dedicado ninguna pluma á dar á conocer dignamente varon tan señalado. Nosotros que hemos admirado sus virtudes y que hemos echado de ver semejante falta, creemos cumplir con un deber sagrado, tributando estas líneas á su ilustre memoria. Sus cenizas reposan en un magnífico sepulcro de alabastro, debido al inmortal estatuario Alonso de Berruguete, y situado en el centro del crucero de la iglesia del hospital fundado por él mismo.—Las artes del siglo XVI pagaron el justo homenaje á la virtud y al saber juntamente.

José Amador de los Rios.

RECUERDOS DE SALAMANCA.

A LESBIA.

LA NUBE.

Romance III.

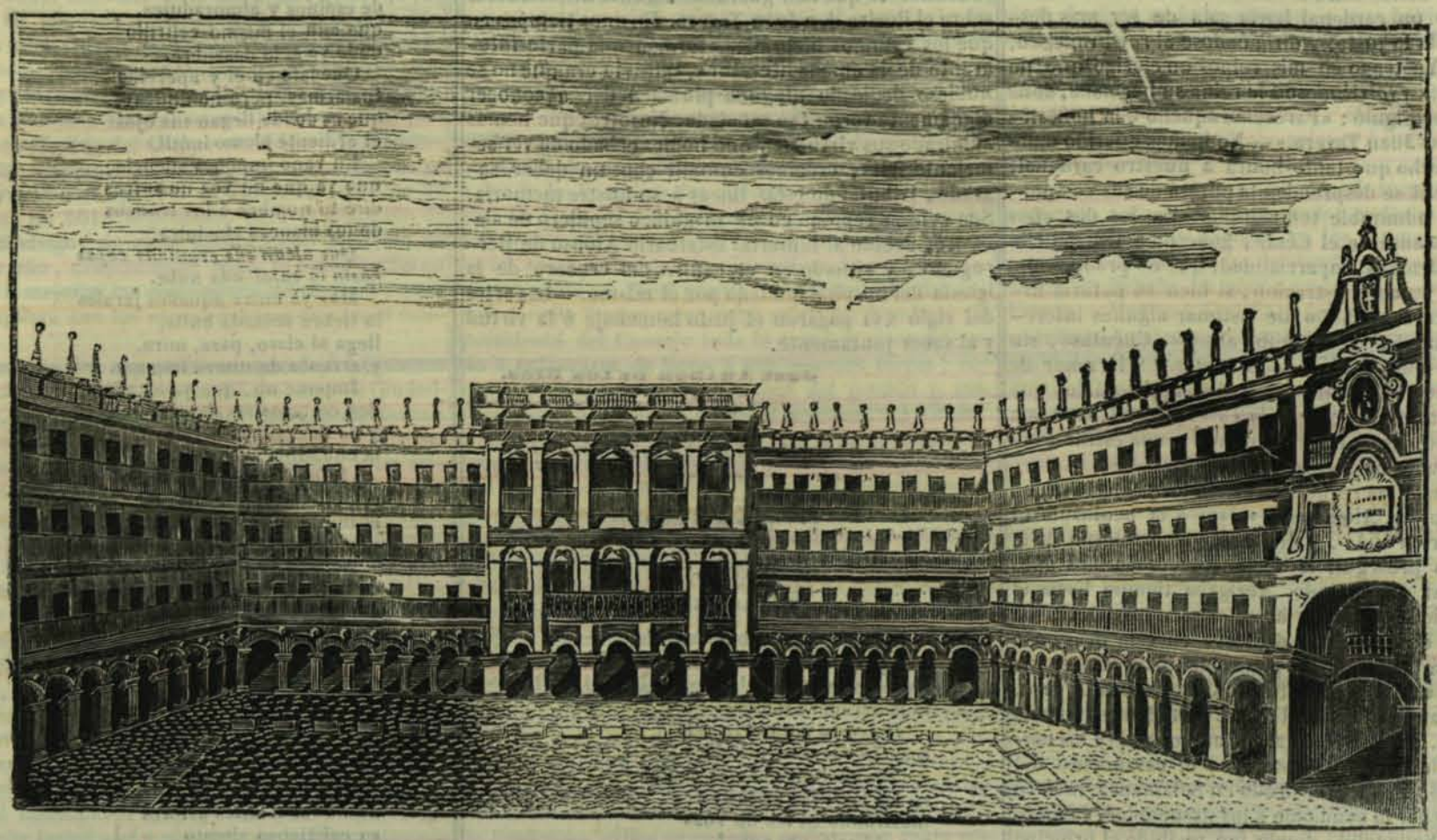
Deja, Lesbia, el blando lecho
que ya en el Oriente luce
del astro puro del dia
la generadora lumbre.
Luzca tu rostro sin velo
como la aurora sin nube.
¡Oh cuan placentera el alba
en las bóvedas azules
mostrando su faz de rosa
por el horizonte sube!
Así el despertar, ó Lesbia,
tus mejillas se traslucen
entre los nevados pliegues
de los mal rizados tules.
Ven, hermosa, ¿por qué tardas,
y en la enojosa costumbre
del cortesano atavío
tan bellas horas consumes?
¿Qué vale filtrada esencia?
¿Qué vale dorado estuche
comparado con las ondas
que en el verde prado surgen?
¿Qué es el cristal de Venecia,
ni los aromas de Tunez,
ni el marmóreo pavimento,
ni la morisca techumbre,
Con el raudal que se escapa,
con el aura que difunde
del romero ya florido
el balsámico perfume?
Ven, que para tí se extiende
el pabellon de esa nube.
Ven, que en el bosque te espera
la pintada muchedumbre
de canoras avecillas
que por los aires discurren.
Ven, y de su amor aprende
y que ellas tu voz escuchen,
y serás de Filomena
alumna, modelo y númen.
Ya te aguarda entre las ramas
de los bordes acebuches,
y el aljófar del rocío
sobre las flores sacude.
Con ellas gentil guirnalda
enlaza á tus negros bucles,
Tan fresca que tus mejillas
ni la envidien ni la ofusquen.
A la par de su rocío,
de su aroma y de su lustre,
¿qué son las perlas de conde
ni los carbuncos de duque?
¿Ni qué ciencia puede darles
el tornasol de sus luces,
cuando reinen en el mundo
las frias nieblas de octubre?
«Goza del tiempo sereno
»antes, Lesbia, que se anuble,
»goza el dia afortunado,
»que nunca dos veces luce.»
Ven, pasemos el rastrojo
á la sombra de la nube.

¿No escuchas los ojeadores
que la colina circuyen,
templando sus voces roncas
con el jugo de las hubres?
Yo sé un puesto tan guardado
de espinos y almoradujes,
que aun el mismo cefirillo
dudo yo si lo descubre.
Quédate en él y apercibe
tus armas, pero no dudes
que es donde llegan tus ojos
el ardiente plomo inútil.
En vano impones silencio;
que ya que mi voz no sufres
diré tu nombre á los troncos
de los blancos abedules,
Que alzan sus erguidas copas
hasta la entoldada nube.
Mas ya entre aquellos jarales
la liebre acosada bulle,
llega al claro, pára, mira,
y arranca de nuevo impune.
Impune no, que ya estallan
dos certeros arcabuces,
y de dos golpes herida
la cuitadilla sucumbe.
¡Infeliz! solo en tu daño
el pérfido amor reune
el impulso de dos almas,
que quizás nunca se junten.
Así á la vez se derrumban
de las apeninas cumbres
contra una pobre cabaña
dos corpulentos aludes.
Así en el valle y la sierra
se junta cárdena nube.
Su oscuridad pavorosa
por la ancha bóveda cunde;
ya crece, ya se adelanta
del abrego al récio empuje,
Cual si á nosotros lanzase
desde los montes astures
su caliginoso aliento
el maldecido Querube.
Mas cerca el trueno se escucha,
el zagal próvido acude,
y al silbo agudo llamadas
las cabras ligeras huyen.
Una gota y otra gota
desciende; como palustre
caña, el roble sacudido
por los vendavales cruje.
¿Y tú en tanto en la floresta
triscando miras la nube?
Las cataratas del cielo
rompen; los prados se cubren
con albicante granizo
como de mortaja lúgubre.
Nunca el relámpago brilla
sin que ya el trueno retumbe;
y el rayo infesta los aires
con su volcánico azufre.
Ven, Lesbia, bajo este acebo
mientras que pasa la nube.
Los arroyos son torrentes;
no hay raudal que no se enturbie,
ni encina que no se humille,
ni valle que no se inunde.
¿Y tú cantas entretanto
que el Euro y el Noto rugen,
y al huracan te abandonas
como al ponto frágil buque,
Ensayando leves danzas
al ronco son de la nube?
¿Tardabas cuando la aurora
te ofrecia sus perfumes,
y ora al granizo te entregas
que tu pura frente surque?
Necio orgullo de los hombres
que la santa paz rehuye,
y arrostrando la tormenta
de valeroso presume.
Yo en la aurora de la vida
tambien esperanzas dulces,
como efímera guirnalda,
en torno á mi frente puse;
Aun no del todo marchita,
incauto mancebo impuber
pagué al mundanal orgullo
fatigante servidumbre.
Yo tambien domé los fuegos
de corceles andaluces,
y del sanguinoso circo
probé la suerte voluble.

Y mientras recia borrasca
dentro de mi pecho tuve,
cantaba en la corva lira
con plácida mansedumbre,

Hoy ya rendido, anegado
en llanto, al sol de virtudes
me vuelvo, porque mi rostro
con su santa luz enjugue.

Lesbia, tan breve mañana
es de la vida resúmen;
para el placer nadie es cauto,
para el dolor nadie inmune.



Plaza de Salamanca.

Se deslizan los instantes
cual granizo que se funde,
y al par la hermosura arrolla,
y la arrogancia destruye.

Despierta, que no á los dias,
meses y años se acumulen,
y eches menos estas horas
que en ocio inerte consumes.

«Goza del tiempo sereno
»antes, Lesbia, que se anuble,
»goza el dia afortunado,
»que nunca dos veces luce.»

Ya el iris de paz ostenta
su nacarada vislumbre,
y el sol tremola en los cielos
sus estandartes de gules.
Y ya por el Eter puro
los tenues vapores huyen.
¿Quién sabe si mi memoria
se disipe cual la nube?

ROCA DE TOGORES.

Charros de Salamanca.

EL HERMANO DE LA MAR.

—

CAPITULO VII.

¡BUEN VIAJE!....

¿Dónde vas, avecilla desdichada?
.....
.....
¿Vuelas al fin y al fin te vas llorando?
El cielo te defienda.....
.....

(FRANCISCO DE LA TORRE.)

Llegó el dia aplazado para la partida á Europa, y Eugenia, despues de haber derramado copiosas lágrimas sobre el sepulcro de su madre, subió en una veloz cuanto elegante silla de posta, en la que ya la esperaba el taciturno D. Julian, y ambos viajeros tristes y silenciosos llegaron sin contratiempo al famoso puerto de Veracruz.—Allí despidió Buenaventura á sus criados; dió nuevas instrucciones á su fiel Damian que veia con dolor acercarse el momento que le iba á separar, y tal vez para siempre, de sus queridos señores, y aprovechando la próxima salida de un buque que daba la vela para la Habana, se trasladaron á su bordo, no sin muestras de pesar al abandonar el suelo mejicano, tan fecundo para el uno en acontecimientos de ventura y bienandanza y tan

lleno de recuerdos, ora dulces y ora amargos para la otra. Un viento próspero y constante los condujo á través de una mar tranquila y bonancible, y en breves dias fondearon sin quebranto alguno en la magnífica bahía de la capital de Cuba.—

Apenas en la Reina de nuestras Antillas se difundió la nueva de la llegada del Creso Europeo, los jefes de las principales casas de comercio, tanto españolas como extranjeras, se apresuraron á ofrecerle sus fortunas y hospedaje porque tal era el crédito que D. Julian mantenia en aquella plaza, y porque tal es la condicion humana de acumular sobre el que mas tiene y de menos necesita pomposos ofrecimientos, espléndidos obsequios y esquisitas consideraciones—.

Aceptó D. Julian en fuerza de ruegos la habitacion de uno de sus corresponsales, hombre grave y material estraordinariamente entendido en la suma y multiplicacion cuando se trataba de sus intereses particulares, y para quien no habia negocio por malo y desesperado que fuese, que en fuerza de manosearlo y darle tortura no le dejase al fin de la jornada cumplidas utilidades en beneficio del valor intrínseco de sus repletas arcas.—Al tributar á Buenaventura el homenaje, algo costoso por cierto, de la hospitalidad, no hacia mas que desempeñarse con él de iguales servicios que le habia merecido cuando algunos años antes habia estado en Méjico, por lo que no hay que extrañar nada si nuestros lectores le ven algo desinteresado haciendo el anfitrion durante los breves dias que D. Julian y su hija permanecieron en aquella ciudad restableciéndose de las fatigas del pasado viaje, y preparándose para las que nuevamente les esperaban.

—Mucho siento, dijo el huésped á los viajeros cuando penetraron en su casa, no poderles ofrecer todas las comodidades á que están acostumbrados: yo, mis queridos amigos, lo confieso con dolor, no tengo el génio de la opulencia, y aunque me he propuesto brillar algunas veces, está visto que no encuentro el secreto de saber gastar, si bien es cierto que poseo medianamente el de adquirir. Engolfado en las intrincadas operaciones de mi comercio, creia que con buenos libros para la cuenta y razon, y mejores arcas de hierro para encerrar el rico manantial que de

Vista de la Habana.

aquellos se desprende, estaba todo concluido y no habia necesidad de mas trastos ni gabelas que interrumpen el paso y embarazan á los recaudadores que diariamente me vienen á visitar; pero ahora que tan honrada veo mi humilde casa, quisiera que brotáran por arte de encantamiento los brillantes mármoles, los dorados artesones y las régias colgaduras, sobre todo, por esta bella señorita para quien será mas sensible la ausencia de todo esto por cuanto sé que ha sido educada en el seno de la opulencia, del fausto y de la elegancia.

Aquí dió fin á su modesta y extraña oracion inaugural el honrado comerciante, y se limpió repetidas veces el copioso sudor que de su frente brotaba, porque como poco acostumbrado á las armoniosas etiquetas de la alta sociedad, habia tenido precision de hacer un esfuerzo superior á sus facultades.

Eugenia, triste y meditabunda, contestó con una lijera inclinacion á las palabras, ora galantes, ora respetuosas de D. Fabian de Hurtado, que tal era el nombre y apellido del obsequioso corresponsal, y conociendo Buenaventura la bondad de sus deseos y al mismo tiempo su embarazo, le dijo con afable acento para devolverle la tranquilidad.

—Nosotros, mi querido D. Fabian, nos damos por cumplidamente satisfechos con la amabilidad, cortesanía y buena intencion con que Vd. nos favorece; ademas hay mucho de modestia en todo lo que nos ha manifestado, porque cuanto aquí nos rodea respira abundancia, buen gusto y está brindándonos comodidad: bien quisiéramos que todo ello nos acompañase en el dilatado viaje que vamos á emprender muy pronto, sin olvidar la buena compañia de tan delicado huésped.

—Gracias, señor de Buenaventura ¿dice Vd. que va á emprender un viaje dilatado?

—Vamos á Cádiz.

—¡Cáspita!... yo creí que venian á pasar una temporada de placer en esta isla.... y ¿no asustan á esta señorita los peligros de tan larga navegacion?

—No señor.... contestó tímidamente Eugenia.—¿Son de mucha consideracion?

—¡Friolera! ese pícaro golfo de las yeguas ha estado á punto de arruinarme veinte veces, dijo el bueno de D. Fabian dejándose arrebatar por sus recuerdos.... pero no; no siempre.... ello es que suele estar alborotado.... no tema Vd., señorita, porque ya hace mucho tiempo que no ha sucedido ninguna desgracia, y Dios mediante Vds. arribarán con toda felicidad.

—Tal lo espero, dijo D. Julian: yo sin embargo, si verifico este viaje es por complacerla, y despues de haberle hecho presente los azares que vamos á correr.

—¿Con que esta señorita desea conocer el viejo mundo? Otro tanto le sucede á mi hija Carlota; pero ya se ve, ¿cómo enviarla sola? ¿cómo endosarle á un corresponsal un género de tan difícil salida?... pero, á propósito, ella sale aquí.... Saluda, hija mia, á mi mayor amigo, al capitalista mas opulento de la república mejicana, y á su encantadora hija, á quien tuve la dicha de acariciar en su infancia.

Las dos muchachas se dirigieron recíprocamente una ojeada rápida, una de esas miradas instantáneas tan comunes en el sexo hermoso, y al punto simpatizaron y se comprendieron.

Era Carlota de donoso y esbelto continente; la misma edad, la misma inocente franqueza é infantil aturdimiento que Eugenia, si bien en la penetrante mirada de los negros ojos de aquella habia algo mas de energía y de picaresca resolucion que en la de los tranquilos y ora un tanto mas apagados de esta.

Don Julian al ver á la bella Carlota exclamó: el

—Ciertamente D. Fabian, que ha sido Vd. notablemente injusto cuando se ha referido hace poco á los géneros de difícil salida: yo creo que en cualquiera plaza se aceptarian tales letras por mucho que hubiera de descontarse por el cambio.

—¡Ay amigo! no lo extrañe Vd. á mi edad y con mi carácter. Vd. recuerda todavía sus buenos tiempos y conserva aun flores y galanterías para las muchachas. ¡Dichoso Vd. que puede en el mundo fijar la vista en varios objetos á la vez, y conocerlos y distinguirlos y recrearse en su contemplacion. Yo por desgracia no veo por mas que miro á todas partes, sino cajas de azúcar y fardos de café, y fuera de esto no veo nada.

—Siendo así, no tendrá Vd. inconveniente en que la linda Carlota nos acompañe en nuestra navegacion. Nosotros mas ó menos pronto daremos la vuelta por estos mares, y de este modo se consigue que sin necesidad de endoso vea Carlota el continente español, y que mi hija tenga una compañera, porque se me figura que las dos han de ser muy buenas amigas.

Un cariñoso beso dado por Carlota á Eugenia y devuelto por Eugenia á Carlota, certificó afirmativamente las palabras de D. Julian.

—Mucho hay de verosímil en todo eso, dijo don Fabian, y ya lo pensaremos mas despacio.—Tenemos aun quince dias para ello, que son los que tardará mi fragata *Esperanza* en cerrar su registro y dar vela para Cádiz. Ya la verá Vd.; su cámara de popa es cómoda y espaciosa, el buque nuevo y limpio, y ademas, el que lo manda es uno de los mejores capitanes de que soy consignatario.

—Queda aceptado el convite, y me dará Vd. una prueba de seguridad si en la lista de pasajeros incluye tambien á Carlota.

—Por eso no ha de quedar, pues tengo tanta confianza en la fragata, que si alguna vez voy á la península, no será en otra que en ella. Entre tanto usted me hará un favor especialísimo en disponer de mi casa y de cuanto me pertenece á su albedrío, porque yo, francamente, soy hombre que no sé estar en todos los pormenores, y como Carlota no me saque de este apuro, me parece que vamos á estar picaramente.

—Nosotros, dijo D. Julian, necesitamos de bien poco, y aunque así no fuera, yo creo que Carlota no dejará nada que desear.

Y así fué, porque en los dias que Eugenia y su padre permanecieron en casa del comerciante, Carlota desplegó todo su genio para obsequiar dignamente á los ilustres viajeros.

Pocos dias fueron menester para que entre las dos jóvenes reinára una estrecha amistad y una confianza sin límites, y al observar los padres la creciente aficion é intimidad que entre las dos principiaba á desarrollarse, determinaron que Carlota los acompañaria al viejo mundo.

Acercándose el dia de la partida, determinaron ir á visitar uno de los ingenios que poseia D Fabian en el que pasaron algunas horas, y por la tarde paseándose las dos niñas cerca de la linde que formaba un espeso bosque de cañas, entablaron el siguiente diálogo:

—¿Es posible, decia Carlota á Eugenia, que no hayas amado todavía?

—Es la verdad, bella Carlota.

—Raro es por cierto que quien como tú abriga en el corazon tantos tesoros de ternura, no haya prestado oidos al apasionado acento de los muchos que allá en tu ciudad de Méjico te habrán solicitado.

—¿Qué quieres? hasta ahora los hombres no han sabido inspirarme otros sentimientos que los del mas profundo terror.

—¿Terror? por vida mia que eso es lo mas gracioso que yo he oido.... á mí me divierten y juego con ellos, y los hago desesperar y enloquecer, porque no sé cómo me las compongo, pero ello es que á la primera ojeada les encuentro el lado ridículo.

—¿Y qué adelantas con eso?

—Nada, reirme á costa de los necios. Uno solo es el que se me ha resistido hasta ahora.... y por cierto que es muy posible que tú le hayas conocido, porque cuando estuvo aquí salió para Méjico.... un tal Alvarado....

—¡Alvarado!!

—¿Le conoces? cuánto me alegro. ¡Qué hombre tan osadamente frio! con sus ojillos siempre chispeantes y su eterna sardónica sonrisa.... y luego aquellas carcajadas tan huecas que.... ¿oyes?

—¿Qué?

—Jurára que del centro de ese cañaveral, ha salido el eco con que solia....

—¡Qué dices!... esclamó Eugenia trémula de pavor.

—No... tal vez...

—Carlota! huyamos!... y asiéndola del brazo la arrastró en su rápida carrera, y á los pocos minutos se encerraron en la casa del Ingenio.

Seis dias despues, don Julian, Eugenia y Carlota á bordo de la *Esperanza* salian de la espaciosa bahía de la Habana, y al aspirar las brisas del Océano, Eugenia sentia dilatarse el corazon y renacer la tranquilidad de que tanto tiempo habia carecido. Los pajizos cañaverales y las gigantes palmas se iban desvaneciendo poco á poco en el horizonte, y fuera ya la *Esperanza* de la embocadura que defienden los formidables castillos del *Morro* y de la *Punta*, principió á cargar velas para remontarse al norte y tomar un viento largo.

En el momento en que en la *Esperanza* estaban mandando esta maniobra, un velero bergantin francés que llevaba el mismo rumbo pasó rápidamente á corta distancia de uno de sus costados.

Un hombre inclinándose sobre la borda del bergantin, y agitando un pañuelo blanco, gritó á las bellas pasajeras de la Esperanza.

—Buen viaje! buen viaje!!

—¿Quién es? preguntó don Julian.

—Alvarado! dijo Carlota.

—El Inca!! esclamó Eugenia.

Y las dos se abrazaron estrechamente. Mientras la distancia lo permitió siguió gritando el Inca.

—¡Buen viaje...! buen viaje!...

T. R. Rubi.

POESIA LIRICA.

Melendez fué el poeta célebre de su tiempo: tuvo apasionados admiradores, desapiadados antagonistas: para los primeros era no solo un perfecto modelo de lo que entonces se entendia por *buen gusto*, sino que tambien era un genio: para los segundos era un poeta afectado, incorrecto, y hasta hubo quien le llamó plagiario.—Sucedia en esta lucha de partidos lo que siempre acaece en circunstancias iguales; la exaltacion crece con las resistencias recíprocas; el juicio cede al amor propio, que hace tomar á cada uno por suya la causa ajena; se exagera de buena fé; se miente si es preciso, y nadie por fin consigue convencerse ni convencer á los demas.—Esto exactamente ocurrió, á nuestro entender, respecto á Melendez: mal agradecidos á la difícil empresa intentada por este *restaurador* los que le miraban con ojeriza, se colocaron tan lejos de la verdad por lo menos como los que lo adoraban con ciego entusiasmo y le atribuian una fuerza creadora, una inspiracion espontánea, un ingenio en fin que la edad presente no le concederá probablemente con tanta fé.

Nosotros en el principio de nuestra pubertad; ignorando las cuestiones de que Melendez habia sido objeto, leíamos sus versos con tanta mas frecuencia cuanto que eran quizá la única poesía del siglo XVIII que llegaba á nuestro conocimiento, y que se acomodaba á los instintos y la inteligencia de aquella nuestra feliz edad.—Amábamos entonces por solo amar, era el amor nuestra vida entera, y por consiguiente cuanto tuviera relacion con este sentimiento se llevaba las primicias de nuestro entusiasmo y de nuestra adoracion.—Entonces sonaban en nuestro oido con toda su dulzura esas querellas melancólicas del cantor del Zurguen: comparábamos por instinto aquellas zagalejas tan voluptuosas y al par tan inocentes al objeto, que inundaba nuestra vírgen existencia de amantes, con su inocencia y su voluptuosidad; respirábamos, en fin, aquella atmósfera anacreóntica, donde se mecian nuestros sueños, con deleite, porque teníamos la facultad de gozarla; sin hastío, porque teníamos el poder de comprenderla;—una vez comprendida, tendimos sin miedo por ella nuestras alas; hallamos la lira en medio de nuestro vuelo, la pulsamos, é hicimos vibrar el eco fiel de aquella musa anacreóntica y bucólica, que por decirlo así, habia arrullado nuestro primer sueño de amor y de poesía.—¡Que no nos fuera dado ahora juzgar á Melendez bajo el dominio de estas sensaciones virginales!.... Ahora nos parece trivial, porque ya no sentimos como entonces: nos parece imitador, porque ya hemos conocido los que creemos sus modelos: nos parece lánguido, frio y estéril, porque aun está pasando á nuestra vista esa musa feroz de los puñales y los venenos, que vino á confundir y á desnaturalizar cuanto habia de seguro y ordenado en nuestra alma, con su espantosa fecundidad,—Y hemos de juzgar ahora á Melendez bajo la influencia de estas sensaciones bastardas!...

Examinemos algunos hechos: consultemos si es posible, nuestro juicio, y veamos si él nos da alguna luz para caminar con imparcialidad y tino. No era Melendez el solo poeta de su tiempo, y sin embargo él solo, reasumiendo en sí la celebridad de todos sus contemporáneos, ha merecido llamarse restaurador de la poesía castellana en el siglo XVIII:—no le escatimaremos, pues, la posesion de este honroso título; y por el contrario, haciendo justicia á quienes se lo concedieron, diremos que, pues lo hicieron así, algo debieron hallar en él superior á cuanto poseian los demas; pero este mismo asentimiento á aquella calificacion nos da derecho á exigirle toda la responsabilidad que le impone.

¿Quién debe llamarse restaurador (en el buen sentido, en la acepcion filosófica de esta palabra), aquel que simplemente resucita lo antiguo olvidado para sustituirlo á lo presente, ó el que lo resucita sujetándolo á las modificaciones que hagan precisas el progreso de los tiempos nuevos y las exigencias mas premiosas de la revolucion que se combate?—Para nosotros, solo este último merece llamarse restaurador; al primero le llamaríamos reaccionario; aquel funde las tradiciones que deben respetarse con los nuevos principios, que no deben proscribirse; éste rechaza la fusion; y declarándose partidario exclusivo de lo que pasó, se opone á la ley del progreso, que es la ley de la humanidad, y por consiguiente se pone en contradiccion con lo que le rodea, y se empeña en una lid, donde será siempre vencido por la cólera ó humillado por el desden.

Supuesta esta distincion ¿á quién se acerca mas Melendez, al restaurador ó al reaccionario?... Melendez tenia talento, pero no tenia genio, no tenia, para que nos entiendan los clásicos, lo que Horacio llamaba *mens divinior*; y como solo quien tiene estas condiciones, puede producir cosas verdaderamente grandes y tan completas cuanto pueden serlo en lo humano, Melendez, que no las tuvo, produjo cosas medianas, y la restauracion verificada en la república literaria por esas producciones fué tan limitada é incompleta, respecto á lo que pudo ser, como lo es el talento que sabe imitar lo antiguo respecto del genio que sabe crear cosas verdaderamente nuevas, aun imitando.—Ahora bien, los triunfos poéticos del talento, que imita, no pueden resolver mas que la cuestion de formas; y como Melendez tenia en sumo grado aquel talento, resolvió esta cuestion tan victoriosamente, resucitando las bellas formas de los buenos tiempos de nuestra poesía con tal tino, amoldándolas con tanto acierto á las exigencias del nuevo lenguaje, consumando esta obra de fusion (ya que así hemos de explicarnos) con tan recto criterio y tan esquisito gusto, que con razon debe llamársele restaurador de las buenas formas de la poesía castellana.

Pero las formas solas no constituyen la poesía; no son mas que el traje con que se viste, su parte artística, es decir, la menos noble, sino la menos importante —Antes que las formas, son el sentimiento y la imaginacion, que constituyen la esencia de la poesía: antes que las formas, son los principios fecundos, las ideas trascendentales, la filosofía en fin, que preste jugo, calor y vida á las inspiraciones del sentimiento y á las creaciones de la imaginacion.—Y esta filosofía, como anteriormente hemos indicado, faltaba casi absolutamente á la poesía lírica española de los siglos XVI y XVII; y quien intentase resucitarla en el XVIII, en el siglo mas que filosófico todavía *filósofo-mano*, debia imprimirle el sello de profundidad, que le faltaba, debia fecundizar aquella estéril é inanimada belleza, que la caracterizaba; debia en fin, sin quitarle nada de su cultura, haberla presentado menos griega ó latina, menos fútil, mas comunicativa, y así la hubiera hecho mas nacional, mas duradera, mas universal.—Pero precisamente esta era la obra del genio; y como Melendez no lo tenia, no pudo ser la obra suya; y hé aquí como su restauracion quedó incompleta, teniendo por consiguiente algo de reaccion, en el sentido que anteriormente hemos dado á esta palabra.

Los asuntos mismos que elegia Melendez para sus cantos prueban ya que sus inspiraciones rara vez eran espontáneas, y por consiguiente eran tan facticias como todas las que no parten de un sentimiento verdadero ó de una imaginacion libre;—por otra parte, los instintos poéticos, que le pertenecian como cosa propia, rara vez producen un pensamiento que nos eleve, ó una imágen que nos consienta enternecernos tanto como él pretendió, y como lo consiguen los grandes poetas.—¿Hemos de creer, por ejemplo, espontáneas esas anacreónticas en que el grave y morigerado doctor de Salamanca nos dice á cada instante que no hay cosa en el mundo tan buena como emborracharse, y aun no contento con ensalzar continuamente el vino (que creo no probaba siquiera) querer tambien que su adorada Filis *beba del nectar de Lieo*?—¿Pues qué diremos de esas monótonas pastorales, en que se eterniza unas veces cantando á la paloma de su Filis nada menos que diez y ocho odas, ó en las que se disfraza otras veces ó disfraza con el pellico de los zagales á aquellos amigos suyos tan tiesos, tan cortesanos que llevaban aquellos pelucones, aquellas guirindolas tan pulcras y tan estiradas?..

«Pero Melendez, se nos dirá, tambien ensayó su

lira en otros géneros, y no le fue desconocida ni ingrata esa musa filosófica, que es la compañera inseparable del genio.»—Sus odas á *la presencia de Dios*, á *la verdad*, á la *gloria de las artes*, *de la verdadera paz*, y todas las demas comprendidas en sus obras poéticas bajo el título de *filosóficas* y *sagradas*, serian para nosotros una excepcion del general punto de vista bajo el cual le hemos juzgado, si tuviéramos la fortuna de encontrar en ellas lo que rara vez encontramos, á saber: el calor que presta á las composiciones poéticas una originalidad que diese la libertad conveniente á la fantasía, y una uncion poética, digámoslo así, que dejase en nuestro espíritu las huellas profundas que nos imprimen Leon y Rioja, por ejemplo, con sus místicos trasportes el primero, y con su persuasiva y dulce doctrina el segundo.—Creemos que basta un mediano hábito de hacer ó de leer versos para apercibirse de los esfuerzos laboriosos que tiene que hacer Melendez en este género para dilatar ó reducir á sus límites convenientes los pensamientos que le ocurren.—Ni aun es tan buen versificador, como en los versos cortos, en los cuales, especialmente en los romances, que eran sin duda sus producciones mas espontáneas, hallamos felices rasgos de ternura y delicadeza que nos deleitan y enamoran, mientras que en sus composiciones filosóficas difícilmente encontramos alguno que nos sorprenda ó nos arrebate.

Reasumamos.—El Parnaso español será siempre deudor á Melendez de esfuerzos tanto mas laudables cuanto eran mas peligrosos y combatidos por su época.—Confesemos con placer nuestro, y como justo tributo á su memoria, que aquellos sus esfuerzos obtuvieron un éxito hasta brillante en cuanto resucitaron las bellas formas de los buenos tiempos de la poesía castellana, y llamémosle restaurador de ella bajo este concepto; pero confesemos que esta restauracion no fue tan completa como debia ser, en cuanto no aplicó, ó aplicó imperfectamente la belleza de aquellas formas al complemento de las exigencias, que llevaba en pos de sí la revolucion de los tiempos, y el progreso filosófico, que á esta revolucion era consiguiente.

Para llenar este vacío que resultaba, veamos ahora cuáles y hasta qué punto fueron felices los conatos de los contemporáneos ó inmediatos sucesores de Melendez.

Uno de aquellos fue D. Leandro Fernandez de Moratin, mas conocido como dramático que como lírico, pero que no por eso deja de tener bastante importancia bajo este último concepto.—Menos galano y vaporoso, mas profundo y penetrante que Melendez, da á conocer Moratin en sus obras líricas aquel jugo filosófico, aquella severidad no pocas veces cáustica, aquel conocimiento íntimo del corazon humano, y sobre todo de la índole de su época, que caracterizan sus obras dramáticas—el giro mismo y la estructura de sus composiciones, especialmente las satíricas, tienen mucho de dramático; generalmente en ellas se ve escena y se oyen interlocutores; sus epígramas son tambien cómicos.—Tan exacta nos parece esta observacion, que cuando es sola y verdaderamente lírico, por lo general lo encontramos frio, ampuloso alguna vez, y siempre andando á vueltas con esa mitología, pesadilla de nuestros antepasados, que á veces le hacia ostentar una erudicion tan importuna como, por ejemplo, en la oda á la *memoria* de su padre, que comienza con estos versos:

Flumisbo, el celebrado,
Cantor de Termodonte,
Por quien grato á las musas
Fue de Dorisa el nombre,
Ya las sombras habita
De los elísios bosques:
Llorad, Venus hermosa,
Llorad, dulces amores.—

Esta manera tan profana de lamentar la muerte de un padre nos parece impropia y hasta repugnante, y nos confirma en la idea de que el mundo mitológico es entre todas las mentiras poéticas la menos á propósito para expresar con sus imágenes los sentimientos profundos y las grandes ideas.—Menos mitológico, y por consiguiente mas verdadero, y poeta de mejor ley cuando levanta la voz de Sócrates para lanzar el anatema de execracion sobre los vicios de su tiempo, sabe Moratin encontrar tonos robustos, elevarse á una altura como nunca tocó su rival Melendez, y exclamar en medio de su indignacion.

Yo ví del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer tiranos,
Atropellarse efímeras las leyes
Y llamarse virtudes los delitos.—
Ví las fraternas aras nuestros muros
Bañar en sangre nuestra, combatirse,
Vencido y vencedor hijos de España.

Estos versos solos bastarian en nuestro concepto á probar la superioridad que su autor tenia sobre Melendez como filósofo, si bien en la comparacion de las formas de su poesía respectiva en general creemos que este llegaria á quedar victorioso.

No menos filósofo quizás que Moratin, y desde luego mucho mas apasionado y espontáneo don Nicasio Alvarez de Cienfuegos, hubiera podido rivalizar dignamente con su amigo y admirador don Manuel José Quintana, si al brio de su inspiracion, á su esquisita sensibilidad, á su entonacion robusta hubiera juntado mas pureza de diccion y mas estudio de sus propias fuerzas.—Cienfuegos es un poeta hasta romántico: tiene la independencia de los sectarios de esta escuela, lo mismo para elegir el asunto de sus cantos que para adoptar las formas verdaderamente nuevas con que los reviste.—Su dulce y seductora melancolía no es ya aquel insípido y monótono lamentar bucólico con poca verdad y con menos novedad todavía, sino la expresion sincera de sus purísimas afecciones sacada del fondo de su alma, y no mendigada á Ovidio ni á Garcilaso.—Como prueba de su independencia para elegir asuntos, bastará su oda en *alabanza de un carpintero*, composicion verdaderamente peregrina y extraña al mimoso desden de sus contemporáneos, que hubieran creido envilecer su musa dengosa con tan plebeyo objeto, y donde la ternura, la rectitud y el ánimo varonil de Cienfuegos han esparcido cuantas imágenes y sentimientos pudieran pedirse mas bellos y humanitarios á la lira del poeta mas filósofo y á la vez mas popular.—Como prueba de su independencia en la eleccion de formas, debe citarse la querella de un *amante al partir su amada*, en la que emplea giros y palabras hasta vulgares, que probablemente ridiculizaria mucho un académico, pero que nosotros no académicos no nos atrevemos á censurar muy severamente, si bien se nos figura que hay en ellas algo de tachable.—Citaremos, como muestra, algunos versos:

Ay! ay! qué parte! que la pierdo!.... *abierta*
Del *coche* triste la funesta *puerta*
La llama á su prision . . . . . .
Ay! que el *zagal* el *látigo* estallante
Chasquea, y los ruidosos *cascabeles*
Y las *esquilas* suenan, etc.

La verdad, esto no es de muy buen gusto; pero prueba que Cienfuegos tenia conatos de sacudir el yugo del código clásico: ó si no esto, prueba por lo menos que la noble altivez de su carácter, junta con la viveza de sus afectos eran, sin quererlo él, mas poderosos que todos los preceptos de los *galo-luzanistas*, y que á despecho suyo tal vez era novador innato; y últimamente, que si hubiera vivido en otro pais y otra época de progreso literario mas avanzado que en la llamada restauracion del siglo XVIII, seria tal vez á estas horas un poeta europeo, ó cuando menos, bastante mas conocido de lo que lo es en esta su patria, por cuya libertad murió mártir del honor y de la lealtad entre los hierros de nuestros invasores transpirenáicos.

Nuestra reseña cronológica nos ha traido por fin á mencionar ese período de gloria inmarcesible, que despertando el adormido patriotismo de nuestros padres, los hizo vencer al coloso imperial en defensa de su monarca y de su tierra.–Ese período marca tambien el nacimiento de nuestras actuales instituciones políticas, constituyendo todo esto junto un gérmen de nueva vida, que no podia menos de comunicar sus frutos á la literatura.–En el artículo inmediato consideraremos la índole y extension de su influencia en la poesía castellana, y encontraremos por fin el eslabon que une nuestro pasado y presente para proseguir la tarea que repetidas veces hemos anunciado.

GAVINO TEJADO.

SUCESOS CONTEMPORANEOS.

Ningun año se ha prolongado tanto como este las legislaturas de las cámaras francesas: parece que se cerrarán el dia 15 del corriente, despues de haber dado cima á importantes trabajos. M. Duchatel, ministro de lo Interior, ha obtenido licencia por un mes para pasar á los baños de Ems, y estará de regreso en París á la celebracion de las fiestas de julio; en seguida obtendrá M. Guizot otra licencia, debiendo hallarse reunido otra vez el gabinete en la capital de Francia para mediados de setiembre, á fin de preparar los proyectos que deben ocupar á las cámaras en la próxima legislatura.

Desde muy luego se habia anunciado que obtendria un éxito venturoso la mision del Sr. Castillo y Ayensa en Roma, así como se habia asegurado que M. Rossi, enviado de Francia, no habia sido bien recibido en aquella córte, y que sus pretensiones no serian atendidas. Todo ha salido al revés de lo que se habia imaginado, pues mientras el ministro español avanza poco ó nada en lo del Concordato, ordena el general de los Jesuitas á los existentes en Francia, que abandonen sus establecimientos y vendan sus propiedades. Esta es otra prueba mas del crédito que goza el gabinete francés en Europa; hace poco tiempo obtenia de Inglaterra modificaciones en el derecho de visita; ahora alcanza del santo Padre la desaparicion de los jesuitas de la monarquía francesa.

No ha alcanzado el duque de Sotomayor de lord Aberdeen la admision de nuestros frutos coloniales en los puertos de Inglaterra con las mismas ventajas que disfrutan los de las naciones mas favorecidas. Aplaudimos el celo de nuestro embajador en Londres, así como nos duele no ver atendidas sus justas reclamaciones.

Notables han sido las fiestas celebradas en Constantinopla para solemnizar el matrimonio de la sultana Adile; á ellas ha concurrido todo el cuerpo diplomático y demas personajes de categoría de la sublime Puerta; suntuoso por demas ha sido el banquete, donde habia 80 convidados; Fuad Effendi ha interpretado con la mayor exactitud, urbanidad y finura las espresiones dirigidas por el Sultan á los diversos embajadores de las potencias de Europa; propuso el ministro inglés un brindis á la salud del Sultan y fué contestado por 21 cañonazos: otro brindis dijo el gran Visir por los soberanos y jefes de las naciones amigas de la sublime Puerta, y respondió el eco de otra salva de artillería. Por la noche hubo fuegos artificiales, músicas y danzas.

Se halla á la sazon en Cintra la córte portuguesa: se adelanta en las elecciones en el vecino reino y todo hace presumir que serán favorables al actual gabinete.

Circulan rumores en Alemania de una próxima entrevista en el real sitio de Stolzerfels, á la que asistirán la reina Vitoria, Luis Felipe, el rey de Prusia y sus primeros ministros.

Aun sostienen unos, y niegan otros, el viaje de S. M. la Reina doña Isabel II á las provincias Vascongadas: de todas maneras ya no se puede prolongar mucho la incertidumbre. Siguen ocupándose los periódicos de todos los matices del matrimonio de la Reina: abogan los absolutistas por el conde de Montemolin, mientras sus correligionarios políticos, residentes en el extranjero, acuden á Bourges, protestando contra la abdicacion del conde de Molina. Protestas son esas tardías y emanadas sin disputa de la indiferente acogida que han tenido en España la abdicacion del padre y la protesta del hijo. Hasta ahora el candidato mas en boga es el infante D. Enrique, hijo segundo del infante D. Francisco de Paula Antonio. Este ilustre jóven reune insignes prendas, que le han valido siempre numerosas simpatías; gallarda apostura, elegancia de modales, nada comun talento, decidida aficion á la brillante carrera de la marina, y no se necesita mas prueba de su corazon intrépido y de su bizarría: durante su corta permanencia en Barcelona ha sido distinguido por su augusta prima y obsequiado por el señor presidente del Consejo de Ministros.

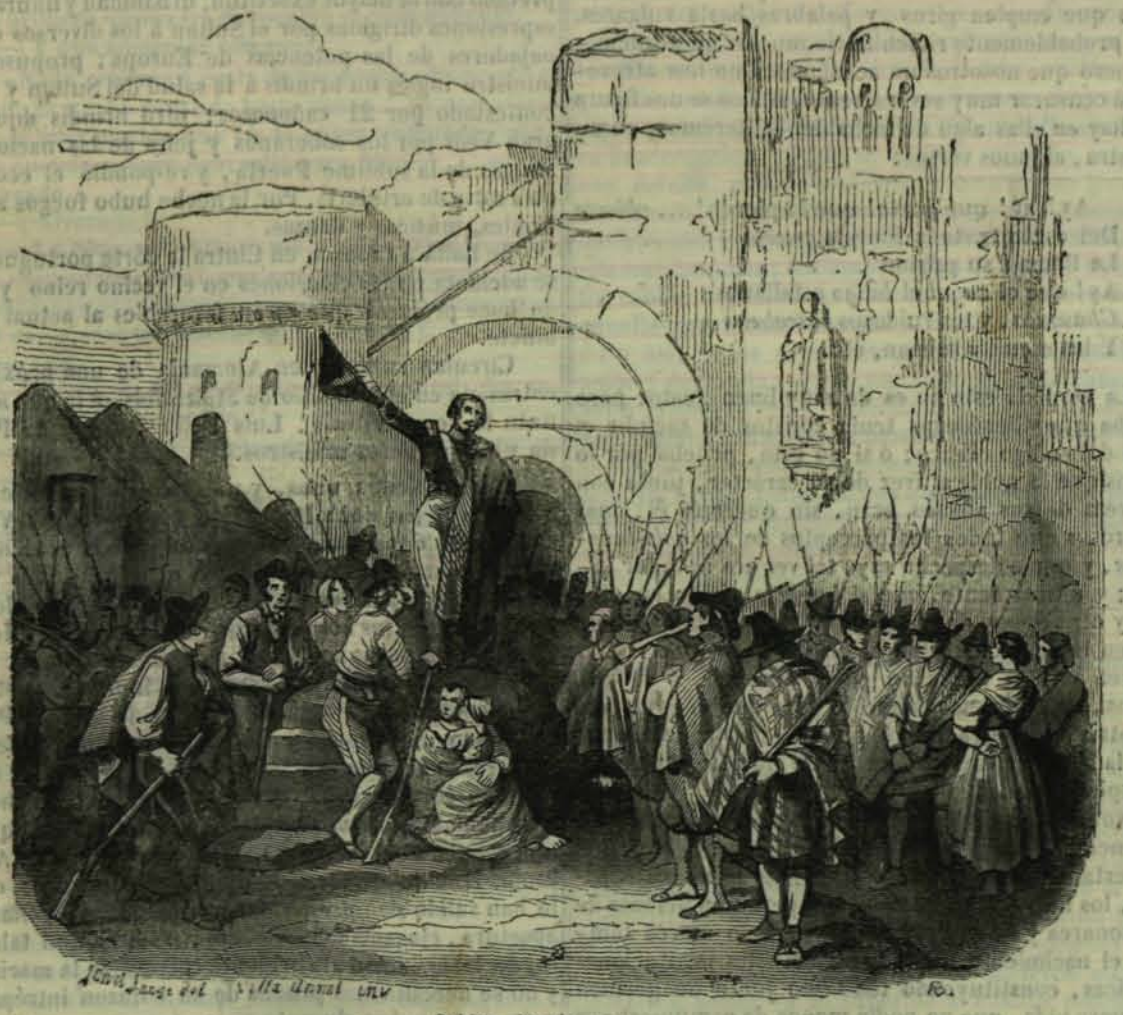
Se ha verificado ya el sorteo para el reemplazo del ejército en muchos pueblos de Cataluña, si bien en otros ha habido disturbios, como en Sabadell, Ba-

dalona, donde han sido asesinados el alcalde y un sereno; en Molins de Rey y en Martorell, donde han tenido que acogerse á una iglesia los pocos guardias civiles que allí habia. Al punto han salido dos batallones de Barcelona para apaciguar á los sublevados, quienes interceptan la correspondencia pública y las comunicaciones del gobierno. Segun todas las noticias ya á estas horas se habrá restablecido la calma, y se habrá adelantado un gran paso hácia la unidad de la monarquía, contribuyendo Cataluña, como todas

Vista de Constantinopla.

las provincias, con sus naturales al reemplazo del ejército permanente.

De tres reos condenados últimamente por la Audiencia de Madrid á la pena de muerte solo dos la han sufrido. Por Baltasar Burdallo se han interesado personas de clase y toda la prensa madrileña, acreditando de una vez mas la inteligencia y celo con que desempeña su profesion honrosa el licenciado D. Isaac Nuñez Arenas. Usando el señor ministro de Gracia y Justicia de sus atribuciones ha suspendido la ejecucion, mientras S. M. la Reina concede el indulto.



Sublevacion de Martorell.

Cosas del mundo: mientras los condenados á muerte piden la vida, otros que pueden conservar la vida se dan muerte; ejemplo de esta verdad ofrece el ex-inquilino de la calle del Calvario, núm. 3, cuarto segundo, llamado Neira, el cual despues de meditar sobre las vicisitudes de este valle de lágrimas hasta la respetable edad de doce lustros, resolvió suicidarse, hallando un obstáculo en 8000 rs. de que era dueño: debia ser hombre económico, sóbrio y parco, cuando ha tardado quince meses en desembarazarse de ellos: ocupado en meditar las circulares con que se ha despedido de los hombres de todos los

Guardia civil.

paises y de sus caseras, no alcanzó sin duda que hay muchos en Madrid que sin esforzarse mucho hubieran dado buena cuenta de su caudal en media semana.

ANUNCIOS.

TRATADO
DE
ANTIGUEDADES ROMANAS
para ilustracion de la jurisprudencia, dispuesto segun el órden de las Instituciones de Justiniano,

por J. Gorlieb Heinecio:

en el que se esplican y declaran muchos passjes del derecho romano y de los antiguos autores, por el licenciado

DON CARLOS DICENTA Y BLANCO,
ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE ESTA CORTE.

Se ha repartido el tomo 2.° de esta interesante obra á todos los suscritores de Madrid y de las provincias.

Precio de suscricion 10 rs. en Madrid y 12 en las provincias.

ATLAS COMPLETO
DE
ANATOMIA DESCRIPTIVA
DEL CUERPO HUMANO,

Destinado á completar todos los Tratados de Anatomia descriptiva por J. N. Masse, doctor en Medicina y profesor de Anatomia. Compuesto de 112 láminas, y otras tantas páginas de texto. Edicion española, dirigida por D. F. Mendez Alvaro.

Se ha repartido ya este ATLAS á los suscritores, continuando abierta la suscricion á 60 rs. para los suscritores á cualquiera de las obras del *Tesoro de las Ciencias Médicas*, que han empezado á publicarse, y 70 para los que no lo sean.

DIRECTOR Y EDITOR D. ANTONIO FERRER DEL RIO.

Impreso en las prensas mecánicas de D. I. Boix.

Calle de Carretas, números 8 y 35.